

Galdós entre la historia y la novela

FÉLIX REBOLLO SÁNCHEZ
Universidad Complutense

Pérez Galdós trata de hacernos ver que los dirigentes de 1868 y la revolución revelaron a todos los españoles nuevas posibilidades de vida en todos los sentidos y a todos los niveles. La novela, por ende, se iba a beneficiar de la revolución burguesa al multiplicarse las relaciones sociales plasmadas en la Constitución de 1869. Novela y Constitución provienen de un mismo grupo ideológico de hombres. El modo de pensar de los escritores, y más concretamente de Pérez Galdós, cambió a raíz de 1868. La novela histórica deja de ser una novela de imitación y se convierte en una novela histórica actual y, como consecuencia, en un arma ideológica. Esto es lo que, precisamente, Galdós desea; y no solamente desea sino que lo convierte en realidad al publicar «La Fontana de Oro». Aunque esta novela es una historia que ocurre hace cincuenta años, el propio novelista nos advierte sobre la obra: «me ha parecido de alguna oportunidad en los días que atravesamos, por la relación que pudiera encontrarse entre muchos sucesos aquí referidos y algo de lo que aquí pasa; relación nacida, sin duda, de la semejanza que la crisis actual tiene con el memorable período de 1820-23». Con estas palabras se introduce en la realidad visible de 1870 y consigue prestar una utilidad a la nueva clase social en el poder con su novela para no fracasar como en 1820. Pero, dejando bien claro que la literatura no se refiere directamente a la Historia, sino a la ideología, es decir, a conjuntos de ideas que explican la realidad. Por eso, no tiene inconveniente en recurrir a ese pasado para indagar las verdaderas causas de ese período turbulento y analizar ese ayer donde la realidad y la Historia se hermanan y dan como consecuencia, dentro de esa bipolarización, una forma de novela que está materializada con elementos culturales, ideológicos, históricos y políticos.

Pero, ¿qué pretendía el novelista al aunar todos estos elementos? Para el escritor canario estaba muy claro: una armonía sociopolítica humana que esté basada en la justicia, una distribución más equitativa de la riqueza, y unas libertades públicas donde la persona fuese eso: *persona*. Todo esto no era fácil. La lucha entre el ayer y el hoy era la dificultad más grande prevista por el escritor. Lo que había sido una constante de la política española, como era el predominio desenfrenado de lo pasional sobre la razón, tenía que extirparse. Por eso, Galdós alza la voz, en la medida de sus posibilidades, y advierte, en medio de esa revolución de 1868, que es necesario cincelar una nueva sociedad que genere un hombre nuevo. Una sociedad que debía estar configurada —según el escritor— bajo tres parámetros: nueva novela, nuevo individuo y una clase burguesa que sería objeto de estudio desde lo comercial, manufacturero, industrial y financiero. En principio, pues, admitimos que lo primordial de la novela española, que nace en el período de la revolución de septiembre, es su inseguridad, debida a una realidad problemática donde emana una cargazón ideológica. De ahí que para Galdós sea la idea lo sustantivo y el individuo lo accidental.

Consciente de todo esto, Pérez Galdós, en un primer momento, se acerca a la novela histórica como instrumento más adecuado y coadyuvante para glosar a esa España que despunta y, al mismo tiempo, dar a la novela un aspecto histórico humanizado. Esta es, por consiguiente, su visión histórica: observar los movimientos humanos, pero no sólo con el fin de escribir acerca de las gentes sino llegar a lo real histórico, al latido mismo de los hombres. Es decir, intenta rehumanizar la Historia. Por eso, su primera novela «La Fontana de Oro» se convierte en el basamento de su producción posterior y recibe el apelativo de novela ideológica, sin el cual toda su obra se derrumbaría; es decir, estaríamos ante una estructura hueca y difícil de sostener. Más, precisamente, por la relación constante —como el propio autor nos atestigua en el Prólogo— entre el período de 1868 y el memorable de 1820, se decide a plasmar una situación insostenible de la sociedad española, en medio de un pueblo con ansia de libertad por tantos años amordazado. Galdós, testigo excepcional, de unos hechos semejantes a un interregno no lejano, trata de explicarnos los pormenores circunstanciales que pueden contribuir a encauzar la vida cultural, social y política en un momento determinado, y, sobre todo, haciendo hincapié, en que es el hombre el punto de referencia; es él el que se obstina en no cambiar y, por ende, el protagonista cardinal en todo momento. No es otro el motivo de Pérez Galdós. Por eso, se decide a reflejar el apasionado ambiente de la política de aquella época; era su único propósito. Pero, no contento, quizá obedeciendo a esa necesidad apremiante de decirnos lo que había quedado en el tinte al terminar su primera novela, publica «El Audaz». Con esta novela trata de poner en guardia a la revolución en el poder de los posibles excesos de la misma. La burguesía intenta mantenerse en el centro del movimiento revolucionario y desconfía de las masas trabajadoras; por eso, «El Au-

daz» nos presenta al final una verdadera parábola política: Martín Muriel que ha arrastrado a las masas, enloquece y se cree o se transforma en Robespierre; recluido en la casa de locos de Toledo, le harán compañía dos personajes más de la obra, también enloquecidos, y se creen, respectivamente, Saint-Just y Napoleón. El significado galdosiano es transparente. De cualquier forma, a Galdós le interesaba recordar, por una parte, el paso de la sociedad feudal a la sociedad burguesa y, por otro, la experiencia del trienio liberal de 1820-23. Esto es lo que Galdós quiere hacer comprender en esas dos novelas de su primera época, «La Fontana de Oro» y «El Audaz». Las dos aparecen bajo el prisma de un miedo al liberalismo exaltado y al desorden que puede provocar, de ahí que las máximas de Galdós en este «tratamiento histórico» sean *paz, orden y progreso*. Este es su verdadero pensamiento político. Mas para llevarlo a cabo insta a crear una fuerte clase media que luche contra la nobleza y los viejos privilegios. Su obra literaria se convierte, por tanto, en norma para orientar a las gentes y palanca que aglutine el período histórico para hacer valer otras formas de conducta y, por ende, otra nueva sociedad. Novela y sociedad como símbolos de unidad para conseguir esa revolución cultural que eduque al pueblo y, al mismo tiempo, sea brote de convivencia. Por eso, para Galdós el tema de su obra estaba muy claro: de qué forma, cómo, acercarse a esta sociedad tan presente para poder glosarla. Para ello busca, indaga las raíces en el pasado y las encuentra. Ahora solo faltaba engarzar y explicar el presente y el pasado. Pero, hay dos hechos que no pueden ser silenciados ya que dejaron en su alma vivísimo recuerdo y, además, será constante en su temperamento literario: «el escandaloso motín de la noche de San Daniel», confundido con aquella turba estudiantil y, un año después, la sublevación de los sargentos en el cuartel de San Gil.

Adentrándonos en su primera novela, ¿cuáles son los hechos que describe? Galdós, consciente de la importancia de su novela nos narra el ambiente en que se desenvuelven los liberales, el comportamiento de los absolutistas y, sobre todo, dos estamentos privilegiados: el estamento religioso con vetas de clase distinguida y con poder económico y social, al que desnudará Galdós sin miramiento, y el aristocrático, presentado como el derrumbamiento de una clase rectora de primer orden en lo económico y social. Estos dos estamentos, según Galdós, son los pilares fundamentales de tanto atraso, ignorancia y cerrazón. Más, por otra parte, la aristocracia se encontraba arruinada y en plena decadencia, y el poder religioso, cegato y corrompido. Por eso, no podían sostener por más tiempo la hegemonía en lo político. Galdós, consciente de ello, se pronuncia por un liberalismo conservador. Para llegar a esta teoría escudriñó y parafraseó la larga serie de cambios por los que ha atravesado la sociedad española.

Con su segunda novela, de nuevo, Galdós se inclina hacia la Historia; quería remachar una teoría que se mostraba perentoria. Por eso consigue una nueva novela más radical. Si Galdós se nos presenta así, es movido, pri-

mero, para demostrar que otra forma de transformación social —en su primera novela se decantó por el pacifismo— es por la fuerza, aunque al final dé al traste todo con la locura de Martín; segundo, por los acontecimientos que veía, día a día, después de tres años sin esa transformación pedida a gritos por un proletariado en ascenso; y, tercero, porque «la comuna de París» le afectará hasta tal punto que podía considerarse como una de las causas primordiales que le llevará a escribir «El Audaz». Si observamos bien, entre «la comuna» y la novela hay un cierto paralelismo puesto que las últimas barricadas de la «comuna» tienen lugar en mayo de 1871, y también en mayo se aplastará la chispa revolucionaria de un Muriel que había nacido para derrumbar las almenas corruptas del poder. El novelista conocía muy bien el enfrentamiento entre dos fuerzas antagónicas; por una parte, la burguesía imperial enriquecida y, por otro, la clase obrera, organizada y pujante, conectada con los planteamientos de la «Comuna». Por lo tanto, asistimos a un paralelismo nítido entre «El Audaz» y «la Comuna de París», cuya repercusión, por otra parte, fue enorme, tanto políticamente como económicamente. La industria parisiense quedó destruida. En España también tembló la burguesía, suscitándose a últimos del mes de mayo de 1871 en el Congreso problemas relacionados con la primera Internacional. El revuelo fue extremado, pero lo cierto es que la Comuna, lejos de ser el primer Gobierno proletario de la Historia, fue más bien, un Gobierno pequeño-burgués reformista. Con todo, la historiografía marxista vio en «la Comuna» el primer intento histórico de la eliminación del Estado burgués.

En «El Audaz» hay un hecho que resalta sobre los demás, y la consigna estaba clara para Martín Muriel: «la familia de Borbón ha cesado de reinar en España y sobre los escombros de su poder no se alzaría otro lema que el de la soberanía de la nación». Este será el lema que durará medio siglo entre las aspiraciones de una sociedad moderna y la increíble tenacidad de su civilización antigua. Todo esto comportará sangrientos esfuerzos en esta España rota por las disensiones, como más tarde, nos recordará, en días también aciagos, Antonio Machado. Más, ¿por qué se había llegado a esta situación tan peligrosa? La respuesta la encuentra Galdós en los elementos que conforman el trasnochado sistema de principios del siglo XIX:

1) El clero era una lacra social que había que extirpar, plaga enorme de clérigos y frailes, amantes de las riquezas, ignorantes y fanáticos, coronados por la holgazanería y mercadería;

2) La nobleza era ejemplo de todos los vicios, reliquia institucional que se niega a perder sus privilegios;

3) Los reyes esquilaban a la nación en provecho propio y

4) El estado general estaba constituido por los campesinos, la clase más nutrida, cuyo rango fundamental era eminentemente rural. Así contempló Galdós la sociedad; pero, a todo esto debemos añadir que el aparato del Estado estaba en ruinas y no era válido revocar la fachada, hacía falta otro edificio nuevo, otras estructuras donde la palabra participación

y justicia tuvieran el eco justo y adecuado; había que construir una nueva sociedad donde los privilegios quedasen ahogados, donde la libertad de expresión fuese realidad y no estuvieran bajo la égida de «orden y mando».

Es notorio, por el testimonio novelístico galdosiano, que la aristocracia no quiso ver unos hechos que se imponían y la burguesía necesitaba una nueva organización que acogiera con grandes miras un planteamiento acorde con lo que esta nueva sociedad exigía. De ahí que sociedad y política serán cotas importantísimas, advirtiéndonos el propio autor de todo radicalismo, para propugnar la necesidad de un progreso no lento, pero tampoco demasiado rápido; ahora bien, para el novelista estaba muy claro que lo social era apremiante y requería prioridad; entre otras cosas había que terminar con la actitud de esa sociedad «que rezaba el rosario todas las noches» y se arrastraba por las mañanas en las antecámaras del Príncipe de la Paz, que tenía los pueblos llenos de conventos y los caminos infestados de salteadores. Tampoco se podía continuar con una nobleza ignorante, holgazana, sibarita y dueña de la mitad del territorio. Había que atajar la corrupción en la máquina del Estado y advertir a un clero soberbio y mercantil. En suma, era necesario, lo antes posible, la creación de una clase poderosa entre la grandeza y el pueblo. Así entendía Galdós la transformación de la sociedad; como podremos observar son ideas; ahora bien, ¿quién las llevaba a la práctica?, ¿de qué forma? Ahí Galdós no entró nunca, sólo plasmó en sus novelas los males de la sociedad, el método no le correspondía.

Es evidente que todo lo escrito por Galdós, en estos primeros años, se desarrolla a la sombra de la revolución francesa.

Las dos primeras novelas así lo revelan. Pero, tampoco podemos olvidar que, teóricamente, la ideología galdosiana era progresista, aunque en la práctica conservadora. Como ejemplo, oigamos a Lázaro en «La Fontana de Oro»: «después del terror no puede venir sino una dictadura». Por eso, Galdós se convierte para nosotros en conductor de nuestra mente al detallarnos que no desea lo que pasó en Francia, donde a causa de los excesos de la revolución la libertad ha muerto para siempre. Esta misma idea la amplía en «El Audaz» al narrarnos que los excesos revolucionarios pueden resultar contraproducentes; es evidente que Galdós teme esa desviación hacia la izquierda tan peligrosa siempre para la burguesía. Por eso Galdós lanza desde las páginas de «El Audaz» el primer programa del liberalismo teniendo en cuenta la clase social de la que forma parte. Con esto, quiere contribuir al despegue de una nueva sociedad, aunque al final de la novela veamos que Galdós se decanta por un progreso en ascenso, sin sobresaltos.

Una vez reflejado ese pasado con pronunciada similitud en el presente, Galdós pasa a la Historia novelesca que le servirá como trampolín para enfrentarse al presente real con las obras que comprende esa «realidad contemporánea» («Doña Perfecta», «Gloria», «Marianela» y «La familia de

León Roch»). Tanto en el «tratamiento histórico» como en la «realidad contemporánea», el esquema es el mismo: glosar una España naciente y explicarla desde la ideología del liberalismo burgués. También en estas novelas encontraremos la oposición entre lo tradicional y lo moderno, el dogmatismo y la tolerancia, la fantasía irreal y la realidad, la religión y la ciencia.

Con estas novelas esbozará la defensa de una novela realista española que responda a las exigencias de la burguesía naciente y, a la vez, reflejo de los problemas más acuciantes que le rodean. Para ello, realizará un panegírico de la clase media («la más olvidada») incrustándola en la base del orden social, una vez marcado el final oficial de la etapa revolucionaria burguesa abierto en septiembre de 1868.

En este período asistiremos al advenimiento de la Restauración y, como consecuencia, al cénit de la burguesía en el plano económico, social y político, cuya resultante será medio siglo de poder de las clases opulentas, pero sin olvidar que, desde la instauración de esa sociedad nacida de 1868, hubo en España tres momentos políticos distintos que confieren dos campos diferentes: el liberalismo y la moderación. Todas las reivindicaciones surgidas de 1868 tendrán un control y, como consecuencia, regocijo en unos y vituperio en otros; más tampoco podemos olvidar a esa minoría que no acepta ni cambio, ni progreso, sino seguir opíparamente anclada en la fortuna. Galdós dibuja con certero tino el ambiente político y social de la etapa oficial de enero de 1874 y que es acogida por la burguesía como tabla de salvación ante la creciente inseguridad que hubo de experimentar durante la etapa republicana. La Restauración es vista como norma, equilibrio y estabilidad. En este período asistiremos a dos hechos fundamentales: por una parte, la política se conducirá por el camino moderado y, por otra, en el campo social, habrá mínimos cambios. De nuevo, quedaba pendiente el problema social en esta realidad contemporánea donde el diagnóstico que se previó, en aquel entonces, no fue, ni con mucho, lo suficiente, quizá debido a la ineptitud de los gobernantes, o valentía para afrontarlos de una vez.

Consciente de ello, Galdós se lanza con ímpetu a plasmar esos problemas que había aprendido en los libros y observado directamente. Es fácil comprender que los problemas religiosos y políticos ocupan el primer lugar; desde el revolucionario Lázaro hasta la voluntad de León Roch observaremos el eco político-religioso. Para conseguir la información, Galdós visitará con ojos escrutadores, cafés, ciudades, campos, tiendas. Por tanto su información es directa. Las capas de la sociedad son contempladas por el novelista; todas ellas conforman la sociedad que veía Galdós día a día. Quizá sea la burguesía el estrato social mejor visto como fórmula para el progreso. No así la aristocracia donde se aproxima con espíritu crítico; sin embargo, al proletariado se dirigirá movido por ese humanismo tan propio de Galdós. Le apasiona, por consiguiente, la burguesía. En ella quie-

re cimentar una nueva sociedad y es ella, precisamente, la que aparece como testigo excepcional en la descomposición del último reducto aristocrático. Con este espíritu, Galdós se acerca a la realidad y trata de ser lo más fiel posible, aunque, es notorio que por mucha homología que exista, nunca una novela logrará ser el fiel retrato o reflejo de la época; sin embargo, Galdós se adentra con firmeza y, en la medida de lo posible, trata de reflejarla.

«Doña Perfecta», «Gloria», «Marianela» y «La familia de León Roch» están escritas bajo la influencia de la preocupación por el hecho religioso. La religión fue tema candente por los años de 1876 a 1878, por eso Galdós estudia este tema, no sólo por las pasiones que desata sino que recurre al pasado para encontrar el verdadero embrión de esta exaltación. En cada una de sus novelas saca distintos aspectos religiosos; pero, en todos ellos, la religión aparece como dique de contención y, más aún, una nota común: los males de la iglesia son los males de España, la falsa religiosidad afloraba en los miembros de una comunidad que, en principio, deberían de ser alfareros y propaladores de esa fe que tanto querían expandir. Así en «Doña Perfecta» expone la influencia clerical y, por eso, Pepe Rey chocará con esa deformación de la realidad en la que están los orbajosenses y, por ende, se opondrá; en Gloria, expone un gravísimo problema basado en las tremendas diferencias sociales que existen entre dos religiones opuestas y contrarias; por eso, Daniel Morton tropieza con el mundo de los Lantigua, denotándose una decidida voluntad de no avanzar envuelta en diferentes deformaciones que conducen al fanatismo religioso; en León Roch, toda la novela rezuma intransigencia. Nos explica hasta dónde puede conducirnos la perturbación que el fanatismo y la intolerancia introducen en una pareja.

Si en la primera parte, Galdós se sirvió de agentes políticos impregnados de vetas amorosas, en la segunda parte, se aproxima más a los males de la sociedad, aunque también aparecen agentes amorosos y religiosos en cada una de sus novelas que configuran esa «realidad contemporánea». En «Doña Perfecta», con importante fondo histórico, pero novela realista, está escrita, sin duda, bajo la impresión recibida en la visita realizada a cualquiera de las muchas orbajosas que existían en España. Empeño, por ende, del novelista será la defensa del liberalismo contra los restos del pasado. Como en «La Fontana de Oro», en «Doña Perfecta» se palpa esas dos Españas. Por una parte, Pepe Rey representa la comprensión y la libertad. Por otra, Doña Perfecta representa la intolerancia, la soberbia y la hipocresía, sin olvidar a don Inocencio, como representante de la sociedad anquilosada y teocrática, ambas bosquejan el conflicto entre la vieja y la nueva generación, por cierto, ya observada en «La Fontana de Oro» y en «El Audaz».

Los personajes imprimen vida y carácter a la obra, quizá sea la pintura del ambiente en el que se mueven los personajes lo primordial. En todo momento podemos contemplar la multiplicidad de puntos de vista que aca-

rean. Así Doña Perfecta se asemeja a la piedra extraída del fanatismo religioso, bien cuidado, por cierto, por don Inocencio, el penitenciario, que es quien le sugiere cuanto ha de hacer para que Pepe Rey abandone la idea de casarse con Rosario. Doña Perfecta amolda su conducta a las conveniencias ajenas. Por consiguiente, la fuerza del lenguaje de Doña Perfecta, don Inocencio y Pepe Rey determinarán la acción novelística en medio de esa Orbajosa —que para doña Perfecta representa la religiosidad, la sencillez y la tradición—, pero que para Pepe Rey, sin más, es una ciudad cerrada y anquilosada. Precisamente, la antinomia entre estos dos tipos de ciudades serán consecuentes con el desarrollo cultural de sus habitantes y, al mismo tiempo, señal de enfrentamiento entre el progresismo y tradicionalismo. Por eso, los habitantes, cuya ideología absolutista era manifiesta y sincera, actúan cuando atisban que los que vienen traen otros motivos u otras acciones, aunque sean pacíficas. Pero, por otra parte, pienso que Galdós se da perfectamente cuenta del hecho. Si desde el siglo XVI la intolerancia es una virtud a ojos de una mayoría de españoles, es natural que esta sociedad descrita en Orbajosa, no pueda crear una fórmula de convivencia factible y, por eso, surgen fatalmente esas guerras carlistas en este período. No es otro el motivo que lleva a Doña Perfecta al rechazo, primero, de su sobrino, y, a ordenar, con autoridad, su muerte. Es el sino, es la violencia latente que busca y halla en cada época, el pretexto de manifestarse. Así se aclara por qué las luchas por cuestiones políticas, sociales, religiosas, revisten entre españoles una intensidad desproporcionada. Es la sinrazón la que mata la idea, de esto estaba plenamente convencido Galdós y, por eso, trata de adentrarse en los conflictos de creencias o ideologías opuestas y explicarlas para transformar ese cainismo que año tras año venía produciéndose para que todos opinen, todos hablen, todos escriban y no se emplee otra fuerza que el convencimiento. De cualquier forma, la tutela eclesiástica que durante siglos ha pesado sobre el país tenía su parte de culpa. Es más, existía un fanatismo feroz a cualquier idea nueva que supusiera cambio. La novela, por consiguiente, representa la sociedad teocrática y anquilosada que conduce a la rebelión, que es el nuevo espíritu que despunta en esa sociedad cerrada.

En «Gloria» encontramos, de nuevo, el espinoso tema religioso, el sectarismo y la intolerancia. Para este asunto no hay término medio: o se aplaude o se desdeña. Galdós, consciente de ello, había puesto el dedo en la llaga al contemplar los fanatismos religiosos como rompedores de la convivencia humana; por eso alza la voz y desea que su novela sea ecuménica, que el niño, fruto de la controversia religiosa, anunciase otra forma de ver las cosas, donde la intolerancia fuera erradicada, donde fuera fácil la convivencia a través de la libertad de cultos y conseguir, de una vez, que la religión no destruyera al individuo. No es otro el fin, por consiguiente, que causar un impacto en esas conciencias adormiladas de la sociedad santurrana, y conmover a las más altas esferas de ese catolicismo sin vida. Tanto

Gloria como Daniel representan, en opinión de Galdós, dos momentos históricos que configuran el devenir religioso plasmado en el Nuevo Testamento y en el Antiguo Testamento. Sin la unión de ambos no hay armonía. Por eso, el amor, entre el judío y la católica causará destrucción a causa del fanatismo religioso. De ahí que el significado galdosiano de la novela venga a simbolizar en el caso de Gloria, redención, vida; y en el de Daniel, presente el dualismo Jesús/Judas que da como resultante un amor imposible por la contraposición que se desprende de ambos nombres. El nombre de Judas —recordando la imagen bíblica— pertenece a la figura maldita de la Pasión del Señor.

Con «Gloria», el novelista nos advierte de las sinrazones que, a veces, se dan en las religiones. Al menos, la religión aparece como sombra terrible que se proyecta sobre las conciencias. Pero, Galdós nos abre el camino: el hijo nacido de esos dos antagonismos está llamado a ser el de la reconciliación, el que sirva de enlace para conciliar ambas religiones.

Consciente y sabedor del problema de la intolerancia, Galdós remacha este problema con «La familia de León Roch». De nuevo el conservadurismo, la intransigencia y el orgullo asoman como el detonante de unos hechos donde las conciencias determinan el desenlace. La conciencia —ese culto constante en la obra galdosiana— asomará bajo dos modalidades; por una parte, León Roch, a pesar de su desafortunado matrimonio, se salvará gracias a su conciencia. Por otra, María no tiene inconveniente en seguir los impulsos de su hermano aunque esto comporte ruptura de ambos ya que rompen la unidad humana y acarrear divisiones y zozobras a sus conciencias, a sus familiares y pueblo en general.

Si Galdós se acerca a estos problemas es para resolver conflictos que afloran en esta España naciente. Son asuntos sociológicos que deben ser expuestos y analizados. A ellos llega Galdós con espíritu sereno y firme puesto que es consciente de la enorme importancia que tiene el tema religioso en el ámbito español.

Es un tema que acarrea discusiones, enfrentamientos, sinsabores y, por eso, a Galdós le preocupaba tanto. Quizá tuviera en cuenta esa corriente krausista que corría de boca en boca. Era una filosofía fresca, penetrante, que, en principio, quería preservar de los males del siglo y, sobre todo, del deterioro que presentaba la religión católica y el poder político. Galdós, que se da cuenta, analiza estos pormenores y los da una solución, pero siempre buscando el progreso y la felicidad del hombre. Pero sabe también que el triunfo cuesta y que sus ideas no pueden llevarse, de inmediato, a la práctica, de ahí que el fracaso aparente de León Roch sea un triunfo con el tiempo. Era, en definitiva, una realidad contemporánea que estaba ahí y había que corregirla.

Con clara intención docente, Galdós, en *Marianela*, nos describe la dicotomía opulencia/miseria. La actitud de los ricos ante la miseria y la vida del proletariado cuyo marco se puede contemplar «en la familia de piedra»,

hombres desposeídos de toda vida espiritual, constituye un alegato social de injusticia al desentenderse la sociedad. Para que comprendamos el problema, el novelista se vale de una trama desde donde nos explicarán las injusticias, el egoísmo, la pedantería, los actos de beneficencia y las clases poderosas adineradas. Al lado de estas diatribas hallamos las diferencias entre belleza/fecundidad, espiritualidad/materialismo, alegría/dolor. Todo constituye el espacio narrativo de la novela. Con ello, Galdós pretende acercarse a un problema de actualidad: la confrontación de dos civilizaciones, el mundo agrícola y el industrial.

Desde el punto de vista político-social, hemos pasado de una burguesía de agitación típica del sexenio, a una burguesía de negocios, donde el orden es la base para la prosperidad económica. Galdós, inmerso en esa sociedad, describe desde la óptica sociológica un mundo donde la evolución, el progreso traerán el bienestar y la tranquilidad y, por consiguiente, el triunfo de la edad positiva. Esta edad es la que representa la ciencia, la voluntad y el trabajo, casi todo un mundo cimentado sobre el esfuerzo continuo. Galdós, consciente de ello, traza desde una ideología burguesa los parámetros por donde tiene que discurrir la transformación de la sociedad; esta es, por tanto, la enseñanza positiva del novelista. Además nos advierte, por medio del Dr. Golfín, que el problema de la orfandad y miseria infantil no se resolverá si no va acompañado del esfuerzo de todos. El mundo de la ilusión queda postergado ante la realidad. Aunque, quizá, el tema primordial de Marianela sea el progreso, la evolución, y el tema en el que se apoya sea el social, Galdós se coloca con claridad al lado de los humildes, de los que nada poseían y nada esperaban. La incultura, ignorancia y la fatalidad de su triste sino tiene que ser erradicado de la sociedad. Esa es la idea que defiende Galdós. Por eso el escritor se identifica con Nela en su triple denominación: amorosa, social y familiar.

No es, por tanto, ajeno a Nela. De ahí que el novelista nos explique que Nela es un hecho para la reflexión y el respeto. No nos extraña, por consiguiente, que al final de la novela Galdós quiera auparla lo más alto posible para que futuras generaciones la recuerden.

También tiene importancia —aunque relativa— la novela *Rosalía*, descubierta en el otoño de 1979 en la Biblioteca Nacional por un estudioso galdosiano, aunque Galdós no la incluyera dentro de lo que él denominó novelas de la primera época. Pero, una vez sacada a la luz pública, no podemos desgajarla de sus otras novelas puesto que con ellas conforma un mosaico literario y una idea nítida en el arte narrativo. Esta novela entronca perfectamente con sus dos primeras novelas, aunque en cuanto a su estructuración ideológica parte ya de otros conceptos novelescos. En ella, Galdós parte y define, de manera diáfana, la naturaleza de la novela. Así se expresa: «Una novela se parece a un río: caudal copioso de hechos y observaciones, de verdades y fantasmagorías, de realidades y sombras, avanza por el cauce ya superficial y anchuroso, ya profundo y angosto que le for-

ma el estilo. De la inteligencia de su autor afluyen como los manantiales que se escurren por las grietas de una montaña, los arroyos que, juntándose después en la llanura, forman la corriente abundante y serena que avanza con lentitud hasta perderse en el océano de su desenlace».

Galdós, con esta novela, quiere reflejar una realidad que flotaba en el ambiente y, quizá, por eso, pudiera considerársela como el primer peldaño de la realidad contemporánea.

Aunque el argumento gire en torno a Rosalía y Horacio, hay otros temas que subyacen en la obra. Por consiguiente, quizá, sin temor a equivocarnos, digamos que hay una variedad temática. La mentalidad decimonónica española no podía concebir un mariaje entre una católica y un protestante. Era algo prohibido, no para los amantes sino para la sociedad hipócrita y santurróna. Ante el egoísmo de unos, y la intransigencia de otros se produce una destrucción del amor. Si este es el eje fundamental de la novela, a su lado crecen otros temas, como son la oposición entre la ciudad provinciana y la capital. En la provincia, el sosiego, la virtud; en la capital, la perfección, el movimiento y el progreso. Estos dos polos opuestos sirven de base para el desarrollo de manifestaciones irreconciliables. Más, en contraposición al eje fundamental, hallamos otro tipo de amor, o mejor dicho otro amor paralelo que surge en la novela. Me estoy refiriendo a la pareja Mariano-Charo. ¿Es consciente Galdós al contraponer ambos amores? Yo creo que sí. Sirve de contrapunto.

Galdós, tampoco duda en situar su novela en Madrid. Aquí encuentra la expresión adecuada para cimentar y resolver los problemas que acucian a la sociedad española en contra de los que cambiar, ver, transformar o simplemente evolucionar, les parece una cosa monstruosa. Por eso el novelista, conocedor de ambos criterios por haberlos vivido de cerca, se lanza a plasmar este choque entre mentalidades distintas para aunarlas y sacar un hombre nuevo que acarree la vitola del progreso y la tolerancia.